

SANTA CLARA

Historia de un convento

La reciente polémica en torno al patrimonio artístico custodiado por las monjas del convento de Santa Clara de Xàtiva, sirve al historiador Mariano González Baldoví para, de primera mano, repasar la reciente historia de tan sacro como artístico lugar.

Mariano González Baldoví* ■ XÀTIVA
FOTOS: P. IBOERRA

HASTA 1980 jamás había entrado en la sala de visitas del monasterio de Santa Clara de Xàtiva. Fue con motivo de la donación que la comunidad hizo al ayuntamiento de una reja del siglo XIV, de forja erizada de punzones, que retiraron del locutorio y sustituyeron por otra sencilla, porque algunas personas se habían herido al acercarse demasiado.

El ayuntamiento agradeció la donación y regaló a su vez a la comunidad una lavadora automática, ya que, a aquellas alturas, seguían lavando a mano. Me contó la abadesa que, durante unas semanas, las religiosas continuaron levantándose a la misma hora que antes para ver, maravilladas, cómo lavaba una máquina, lo que les parecía algo inimaginable. Cualquier visitante ocasional que se acercara al convento, de inmediato percibía que allí no había llegado ni la menor concesión a las comodidades de la vida moderna, ni tampoco las reformas del Vaticano II. A nadie podía extrañarle que con las normas tan arcaicas y obsoletas que regían y rigen la comunidad, no quisiera entrar ninguna novicia.

Aquella abadesa, sor María Gómez Pastor, que así se llamaba, me tomó cariño, y me consultaba con frecuencia acerca de asuntos de interés para la comunidad, como el modo de anular el leonino contrato de arrendamiento firmado en 1967 para la construcción de los locales comerciales recayentes a la Alameda, contrato que las perjudicaba en gran manera (¡ah, los próceres setabenses!), o de arreglarles la documentación necesaria para que cobraran una pensión.

En 1981, en cumplimiento de una disposición del Gobierno, las comunidades religiosas de toda España tuvieron que hacer declaración de sus bienes inmuebles, raíces y valores, así como del patrimonio histórico artístico. Tanto las clarisas como las dominicas de clausura acudieron a mí para que confeccionara los formularios, muy simples, que en aquel momento dispuso la jerarquía competente.

Fue entonces cuando me interesé por los fondos que pudieran haberse librado de la guerra, releyendo las obras de Sarthou, en especial el artículo *El trienio mar-*



Arriba: retrato de la fundadora del monasterio, doña Saurina d'Entença, viuda del almirante Roger de Llúria. El cuadro es del siglo XVII.



A la izquierda: altorrelieve de la Virgen en el refectorio de Santa Clara. Alabastro dorado y policromado. Siglo XIV. Una de las pocas piezas que han quedado en el monasterio por encontrarse encastrada en uno de los pilares.

ista en Játiva, publicado en el *Almanaque de «Las Provincias» de 1940*, porque el autor, en ocasiones, citaba los objetos que había salvado de ambos monasterios y especificaba que al concluir la contienda los había devuelto. Así, preguntando a las reli-



Siluetas de la fachada del monasterio de Santa Clara recayente a la avenida de Selgas.

salir del monasterio, como agradecimiento, por ejemplo, a atenciones médicas gratuitas, y tiempo después me preguntaba dónde habría ido a parar el pavimento de azulejos del siglo XVII, que vi arrancado y amontonado en la nave sur del primer piso del claustro, y que en mis visitas posteriores ya no estaba en aquel lugar. O qué colecciones privadas habrían enriquecido las seis u ocho escenas de azulejos del XVIII que adornaron el pavimento del dormitorio, pues el resto, de barro cocido antiguo, se veía intacto. Es decir, la guerra no afectó aquella zona del monasterio, y los azulejos fueron arrancados con posterioridad.

En 1983, las clarisas donaron al ayuntamiento dos lebrillos del siglo XVIII, uno decorado en azul y otro en reflejo metálico, ambos estropeados y con la ornamentación casi borrada de tanto batir claras para hacer dulces durante dos siglos, hasta que la denuncia por competencia desleal de profesionales del ramo, según se dijo entonces, dejó a las monjas sin los ingresos que percibían por la venta de sus deliciosas tortadas.

ACOSADAS POR LA POBREZA, percibiendo unos alquileres de risa por los locales de su propiedad situados en una zona de la ciudad por los que cada mes habrían podido ingresar la cantidad necesaria para vivir holgadamente durante un año, imposibilitadas de vender dulces, las religiosas malvivían cosiendo y planchando, mientras la edad se lo permitía, para lo cual, en invierno, metían los pies en cajas de cartón, que era el único modo de mitigar el frío, incrementado por una tarea tan estática.

giosas acerca de ésta o aquella pieza, iban recordando dónde las tenían guardadas, en arcones o dependencias poco usadas.

Algunas de las pertenecientes al monasterio de las clarisas ya no estaban, como las cabezas de viga en forma de quilla de barco, talladas con rostros humanos y de animales, que habían sostenido el derribado coro. Tampoco encontré la *Cabeza del Padre Eterno*, talla policromada del siglo XVI, único resto de la imagen titular del convento contiguo, la cual fue dejada en Santa Clara el siglo pasado, después de la excomunión de los frailes trinitarios. Pero, meses más tarde, en una de mis visitas, sor María me la regaló a título personal en una bolsa de plástico. Le dije que no podía aceptarla, a no ser para el museo, y le pareció bien.

Aquel intento de obsequio me hizo pensar en cuántos otros objetos pudieron haberse librado de la guerra, releyendo las obras de Sarthou, en especial el artículo *El trienio mar-*

Por eso, no es de extrañar que, dos años más tarde, al parecer, un conocido y avezado coleccionista de antigüedades de fuera de nuestra ciudad consiguiera adquirir algunos objetos valiosos. Por una irrisoria cantidad, las religiosas vendieron, al menos: una cómoda-paepelera del XVIII, una talla pequeña de San Joaquín, de estilo barroco; dos sillones del XVIII; una lámpara de plata de 1704; la cabeza de piedra caliza policromada de la imagen de la Virgen del Coro, tallada en el siglo XIV; una bandeja de plata de hacia 1700, con el escudo de la familia Cebrían de Xàtiva; un incensario de plata de la misma época que la anterior; un hisopo de plata con la inscripción: «*Soi de Santa Cabra de Xàtiva*» (sic); y la tarja de plata y plata dorada (que no había inventariado en el 81 por no haber sido hallada), perteneciente a la imagen de la Virgen de la Asunción obra de Esteve Bonet. Todas estas faltas pude cotejarlas al realizar el inventario definitivo que me fue encargado años después.

Al trascender la noticia de la venta, el ayuntamiento pudo recuperar, comprando en el mercado de antigüedades, la lámpara y la bandeja de plata y la cabeza de la imagen de la Virgen del Coro. La cabecita del Niño Jesús de esta imagen la donaron algún tiempo después. Ambas piezas, restauradas y con el tronco rehecho, han podido ser admiradas en la reciente exposición *La llar dels Borja*.

Los objetos más selectos de aquel expolio quedaron en posesión del coleccionista, y el resto se dispersó para siempre en el mercado. En aquel momento, se echó tierra al asunto, porque, de acuerdo con la ley de patrimonio vigente que prohibía a las instituciones eclesíásticas la venta de objetos artísticos a particulares, quien había vulnerado la ley eran las religiosas y nadie se atrevió a llevar adelante una denuncia que las hubiera perjudicado. Verdaderamente, las monjas desconocían la ley, estaban muy necesitadas, e ignoraban, tanto el millonario precio de los objetos vendidos, como su valor artístico e histórico.

Quizá apesadumbradas por aquel episodio, en 1986, previa consulta de la abadesa a las *secretres*, creo que ése era el término que usaba sor María para denominar a las monjas que formaban una especie de comisión asesora y la aconsejaban en la toma de decisiones, la comunidad hizo al ayuntamiento una generosa y valiosa donación: el deslumbrante *Terno de Entenza*, de tisú de plata y seda blanca bordada en oro en estilo pompeyano, y con el escudo de la fundadora; un estandarte eucarístico, desgarrado, del mismo tejido y con idéntico escudo; un palio de brocado de seda, de estilo rococó, en perfecto estado; los cuatro faldones de terciopelo rojo bordado en oro y el sudario de *organza*, también bordado en oro, de la litera de la imagen del Cristo yacente tallado por Esteve Bonet; un hábito completo de una imagen de San Francisco, de seda azul bordado en oro, y un manto azul y una túnica blanca de una virgen

Cuando, huyendo de las inhóspitas dependencias del monasterio medieval de majestuosos arcos perpiños, en parte ocultos, la comunidad construyó un edificio reducido y adecuado a sus necesidades y avanzada edad en el lado de poniente del desaparecido claustro, abandonaron el antiguo refectorio, donde siempre ha estado el lienzo de cuatro metros de la Santa Cena que en 1806 pintó Vicente López.

En 1936, con el fin de salvarlo de la destrucción, Sarthou cortó la tela a ras del bastidor, y enrollada, la guardó en el museo. De resultados de aquel episodio traumático, la pintura quedó con las características pérdidas horizontales de capa pictórica en cada pliegue, así como algo más pequeño. Del precioso marco dorado original, nunca más se supo.

Pues bien, como no parecía lo mejor para la conservación de la pintura que quedara en un lugar abandonado y cerrado, Tomás Llorens, entonces director general de Patrimonio y hoy conservador de la Colección de Thyssen, ofreció hacerse cargo de la restauración, con la condición de que quedara en comodato o depósito temporal en el museo de la ciudad. La bienintencionada propuesta no fructificó.

El tercer abadiazgo de sor María concluyó, y el cargo de abadesa recayó sobre otra monja de muy distinto pensar, que en varias ocasiones reclamó la devolución del

Las religiosas malvivían cosiendo y planchando. En invierno metían los pies en cajas de cartón, que era el único modo de mitigar el frío, incrementado por una tarea tan estática. Por eso, no es de extrañar que, años más tarde, un conocido y avezado coleccionista de antigüedades consiguiera adquirir algunos objetos valiosos. Por una irrisoria cantidad.



Crucifijo repujado del siglo XVII. El pie es del XVI. Se encontraba en la sacristía del monasterio.

Terno de Entenza. Es curioso que sólo reclamase aquel juego, donado libremente por la comunidad hacia varios años, e inscrito en el inventario de bienes públicos del ayuntamiento. Ya no volví a ver a sor María jamás, ni siquiera cuando, enferma, quedó privada, y en sucesivas visitas me interesaba por su salud.

LA NUEVA ABADESA, desconfiada hasta lo impensable, cortó toda comunicación, pero la casualidad le jugó una mala pasada, porque cuando, en 1993, el Ministerio de Cultura, la Generalitat Valenciana y la Fundación Universidad Empresa firmaron un convenio para llevar a cabo el inventario del patrimonio artístico de la Iglesia católica en la Comunidad Valenciana, el coordinador me designó para redactar el de la ciudad. Ya no nos queda tanto, como tampoco a las clarisas, después de haber perdido la comunidad la práctica totalidad de obras de arte anteriores al incendio de 1707, y muchas otras obras en la última guerra.



Cáliz de Violante de Aragón, hija del real duque de Gandía, y que fue abadesa del monasterio de Santa Clara entre 1419 y 1453. Pieza del siglo XV.



Antonio Vergara
SALVE Y USTED LO PASE BIEN

Adiós a Héctor Raúl

Al parecer, Héctor Raúl se va, es casi seguro que se va, del banquillo del Valencia CF. Durante dos años toda la familia valencianista creyó que jamás se podría ir sin obtener sus jugadores el primer puesto en la liga española de fútbol.

Había esperanzas de que este magno acontecimiento histórico podía suceder, coincidiendo además con la reedición de la profética obra del querido compañero J. V. Marqués, *Pais perplex*, más de actualidad ahora que en 1973.

Pero yo sabía que Héctor Raúl era muy parco en comer y en beber, moderadamente siquiera, vinos de calidad. Aquí está una de las claves de su huida.

En efecto, testigos presenciales, y yo mismo, alertados por un directivo del club, merodeamos una calurosa e iluminada noche del pasado verano muy cerca de su chalé en la urbanización Mas Camarena.

Provisto de unos anteojos puede verlo, hacia la 1.30 de la madrugada, analizando vídeos de fútbol de equipos de todo el mundo por civilizar culturalmente.

Que alguien, aunque sea un entrenador de fútbol, no disfrute comiendo y si viendo partidos de fútbol a horas intempestivas o idóneas para leer a **Pedro Sarmiento de Gamboa** (*Viajes al estrecho de Magallanes*), no es buen síntoma.

El fútbol, en efecto, es humanismo, como lo ha demostrado **Jorge Valdano**, que conoce a **Borges** de memoria, así como también el parque de la bolsa de Madrid.

Si entrenadores como Héctor Raúl prescinden del humanismo, el vino y la literatura, su ineluctable destino es tener que abandonar banquillos cada dos años, muy a su pesar, nómadeas de su dura y mal remunerada profesión.

Valdano, por el contrario, se ha apalancado en el Real Madrid porque es un hombre de lecturas que acojona al mundo de los comentaristas de fútbol, acomplejados ante un *dandy* muy listo que cita a **Kant** con ocasión de una rotura fibrilar o cierto arbitraje de **Losantos Omar**. Es normal que le suceda esto —admiración— si sólo se forman a diario en las humanidades de *Marca*, *As*, *El larguero* o *El tirachinas*.

No significa lo dicho que Héctor Raúl cobre o vaya a cobrar mucho menos que Valdano u otros humanistas del palo corto, el palo largo o los partidos duran 90 minutos (a veces algunos más), sino que debe empezar a referirse a **Bernat i Baldoví** si con el tiempo aspira a volver a Valencia como director deportivo del club de Mestalla.

Francisco Umbral dice que el fútbol y la televisión son el «*comecocos capitalista*», pero su opinión no hay que tenerla en cuenta porque la progresia lo asocia al *sindicato del crimen*, y el resto de la población no sabe quién es. O sea, que la lucidez reside en el palo corto, el largo o aquel arbitraje de **Andradas Asurmendi**. Y en el pensamiento homólogo.

También podría ser que Héctor Raúl Cúper, apenas humanista, estuviera a punto de no renovar su contrato por un déficit de afecto de la masa futbolera, y

El fútbol, en efecto, es humanismo, como lo ha demostrado Jorge Valdano, que conoce a Borges de memoria, así como también el parque de la bolsa. Si entrenadores como Héctor Raúl Cúper prescinden del humanismo, el vino o la literatura, su destino es abandonar banquillos cada dos años.

no a causa de una oferta más acorde con su valor de cambio, que dicta siempre el mercado. No me atrevo a afirmar que los tontos. Sería un atropello demagógico e injusto.

La experiencia nos enseña que no por ganar 300 millones de pesetas, o muchos más, anualmente, los afortunados alcanzan la paz, el sosiego y el equilibrio más anhelado. Hay que resucitar el sabio dicho: el dinero no hace la felicidad.

Este aforismo afecta objetivamente a banqueros y empresarios, actores y actrices de Hollywood, y a profesionales muy cualificados en cualquier sector. Pregúntenles si renunciarían a sus millonarios emolumentos a cambio de mucha más venturanza y no! están esta ilusionante respuesta: ¡no!

Los entrenadores son un mundo aparte. Viven los colores del club, y cuando firman por otro es porque nadie los ama, ni la junta directiva, ni los ardorosos aficionados, ni los poetas del palo largo, el corto, el doble pivote o los «*despajes demagógicos*» (**Michel**: 60 millones al año por educar a las masas en TVE).

Héctor Raúl se va a ir, si la Maredeuta no intercede, simplemente porque no se siente querido. Seguro que no se equivoca, porque todo argentino es, de hecho, un diván de psiquiatra o canapé. El dinero no hace la felicidad.

De consumarse esta catástrofe social, histórica y cultural, Valencia y su reino continuarán tan perplejos como en el libro de Marqués y Marqués mismo; o aún más (consuelo: el FC Barcelona lo tiene igual o peor).

Golpe franco (con minúscula). Héctor Raúl ha elegido correctamente el momento, presunto, de su huida, presunta, al ignoto albergue de la sexta felicidad, donde —se lo advierto— no encontrará a **Ingrid Bergman**. La cúpula del club de Mestalla, consejeros y ex consejeros de la era **Paco Roig** («*anem a fer un equipasso*»; igual sobre una s) han sido imputados por un presunto delito de estafa.

Naturalmente, este leve sobresalto no debe disminuir la fe de los aficionados en la pureza del fútbol. Tampoco deberían dejar de entristecerse o incluso deprimirse si el Valencia CF no gana ningún título de aquí al año 2020. Siempre les quedará *As*, *Marca*, *El larguero* y *El tirachinas*.